

CARA O CRUZ

A la manera que Sancho tomó asiento sobre la tierra, no lejos del Toboso, y entablé consigo mismo el célebre coloquio sobre el modo de cumplir una misión irrealizable, así yo empiezo a meditar sobre un asunto obsesionante, hostigado en este caso por lo mucho que se ha dicho y que se escribe sobre el dilema originado por las ideas y la desafortunada orientación de los que piensan; mas no —por cierto— en consecuencia de un encargo, que nadie, en este tiempo, se atrevería a encomendar a un semejante.

Y no es que considere mi tarea más difícil o enrevesada que la impuesta por Don Quijote a su escudero, ni tampoco más sencilla. Es sólo que me acucia un gran temor: el de no hallar la paz que todos quieren y tener que figurármela —cual Sancho la belleza de su dama—, y con eso holgarme y renunciar a lo difícil y verme así obligado a otra salida —la tercera— destinada a enderezar un algo desquiciado y que ya no tiene arreglo, porque a todos falta atrevimiento o un poco de folía que sazone el modo de encauzar la vida, una vida que se aparta de la lucha y del deber y en que el hombre se despega de sí mismo y de lo suyo. Y esa paz no significa ausencia de combates, siquiera fríos. Todo cuanto se refiere al bienestar de muchos implica siempre lucha, y la lucha ha de basarse en planes, y los planes no se logran sin pensar.

Pensemos, pues, o déjeme pensar quien esto lea.

* * *

España está en la soledad, mas no en la soledumbre. Está sola, mas no en el ostracismo. Su aislamiento no corresponde al admitido como tal entre los seres que procuran alejarse de otros seres semejantes o dispares, ni se parece al de los grandes habituados a rodearse de una cortina férrea que —luego— se desplaza con su

andar o con arreglo a sus quehaceres, como haz de luz que sigue el ritmo de una excelente bailarina y más parece dirigido por ella misma que depender de los sentidos de un artífice olvidado en la penumbra. Su retiro es diferente; es otra cosa. No es originado por distancia o alejamiento, ni es fruto de un encierro voluntario o involuntario. Es secuela del idioma en que se entienden los de fuera, a grandes voces o a fuerza de emisiones ofensivas, cuyas ondas atraviesan la meseta de Castilla y sus agrestes paredones, y es consecuencia de una situación impuesta por la gente que se empeña en no entenderla ni entendernos.

Por supuesto, la nación se desespera ante su desigual postura, y su prensa acude diariamente a razones y a argumentos que están muy lejos de asegurar un resultado satisfactorio. Acaso, cuando estos comentarios vean la luz, las quejas diarias hayan conducido al nombramiento de sendos embajadores de las naciones que procuran un viraje en nuestra política. No en vano las representaciones diplomáticas de España se esfuerzan en conseguirlo. Cada una ha puesto ya su mira hacia el famoso nombramiento, que no llega. Mas resuelto o no resuelto el enojoso pleito, ocurre que los pueblos cuya voz es escuchada atentamente en las potencias interesadas, sólo ven —o en su día verán— en cada nombramiento un resbalón de su Gobierno hacia un sistema que detestan, y no pudiendo desplazar a ese Gobierno se alejarán del mismo, dejándose llevar hacia una cuesta negativa que termina en cosa equivalente a la tiniebla que antecede al rojo de la gama luminosa que se forma allende el prisma de cristal. Y esto, sin duda, no conviene al mundo ni interesa a España.

El sistema que ella adopta es sistema que no atañe a los de fuera. Al insistir en lo contrario, Inglaterra y Norteamérica se olvidan de su empeño en llevar al campo exterior un método que quieren desterrar de la Península, y de que en esta forma se instituyen en señores de los otros para imponerles sus principios, como el Kremlin a sus Repúblicas lejanas y a las que fueron hasta ahora naciones libres e independientes. Y esta pauta es alimentada —en parte y suavemente— por una masa de hombres que no han vivido el tiempo necesario para saber que los sistemas interiores se balancean, como un sencillo péndulo, a derecha e izquierda una vez y... muchas veces, y que ese movimiento acaba sólo cuando el reloj se para o la nación se muere y el estado sobrevive o también desapa-

rece, que eso importa poco a los que ya perdieron la noción de patria y no sienten en sus venas que la sangre se atropella.

Estamos tristes —o España está muy triste— por estar al margen del Pacto Atlántico y del Tratado subsiguiente de Bruselas. Y lo curioso es que nuestro amor propio ha fallado en este caso. En vez de callar y de esperar..., en vez de luchar pausadamente..., en vez de hallarnos convencidos de que América e Inglaterra vendrán a suplicarnos que entremos en el Pacto y firmemos el Tratado, nos lamentamos sin cesar de hallarnos fuera, y pregonamos la injusticia, y pedimos la limosna de que se nos deje acudir y colaborar con los demás contra los soviets, cual si la bandera que rige al Pacto y al Tratado no fuera, simplemente, roja y gualda.

Tengo razón. La Alianza, el Pacto, el Acuerdo o el Tratado definitivo daría lugar a una política de guerra inevitable. Comprometida nuestra firma en el famoso documento, el paso atrás sería imposible. Cualesquiera fueran las razones de última hora para empezar la gran contienda, nos veríamos ineludiblemente arrastrados por la corriente, saltando como espuma sobre las piedras, abriendo cauce entre paredes de granito y perdidos en la avalancha, sin tener a quién pedir auxilio y sin que nadie recogiera el S. O. S. que lanzaríamos desesperada e inútilmente.

Al fin y al cabo, la suerte se halla echada. Si sabemos hacia dónde nos debemos inclinar, ¿a qué comprometernos estérilmente? Amoldemos nuestra política y nuestros preparativos militares a la orientación dictada allende, que de ese modo hallaremos la libertad de acción indispensable para obrar con dignidad, según conviene a nuestro modo histórico de reaccionar ante las eventuales intromisiones o meticulosidades de los otros. No olvidemos las condiciones que han sido impuestas a los que han recibido ayuda para su industria y fuerzas bélicas, ni lo difícil que es oír buenos consejos de quien no se halla bien situado para darlos.

Si no entramos en la incipiente Confederación atlántica, conservaremos un átomo de esperanza, y me refiero a la esperanza de continuar al margen de la guerra —la *G. M. III* ineludible— y de seguir neutrales otra vez. Recordemos que las tropas alemanas estuvieron varios años en la frontera nuestra y que Turquía soportó el amago de los Soviets durante muchos meses, sin que en ninguno de estos casos se produjera la irrupción que amenazaba. En fin, tengamos a la vista que la invasión política se verifica sólo con la

ayuda de algo (muchas veces intangible) que ejerce al otro lado la atracción indispensable para justificar la decisión y asegurar el éxito, y como ejemplos pongo en pantalla Checoeslovaquia, Bulgaria y China.

Sin embargo, el territorio hispano será una excelente base para la aviación americana (o mejor dicho, la española abastecida por América), y es poco probable que los demás lo olviden. El hecho está plasmado en la importancia que van tomando los comentarios publicados en las revistas y en la prensa, y no estará de más decir que ese hecho no debe depender de que se firme y se establezca un Tratado de alianza o de amistad o un sencillo Acuerdo que nos encauce —en fin— hacia la cuestionable Unión Occidental.

Tarde o temprano, encallaremos en la Atlántida y soportaremos largo tiempo los bandazos. Y si esto es casi inevitable, ¿a qué precipitarnos?

Contemplemos el horizonte con la cabeza erguida y entremos en la futura historia por la puerta principal.

* * *

De momento, un paso atrás, hacia nuestra soledad.

Estamos solos, en efecto; mas solos, ¿frente a quién? Una mirada al mapa o una instantánea evocación de lo que en él figura, nos dirá qué estados y qué naciones son los que se hallan en contacto, con sus brazos enlazados, frente a nosotros.

¿Frente a nosotros o de espaldas? No sé. Pero seguro estoy de que esa unión es menos firme de lo que nos parece al otear el panorama desde la aspillera de nuestra torre marfileña. Los diarios incidentes que se producen entre cada dos porciones del abigarrado grupo que se halla ante nosotros —o de espaldas—, son suficientes para decirnos algo relativo a sus continuas desavenencias. Ellos, en efecto, nos aturrian con sus ondas estridentes y malsanas. No se entienden entre sí, y no se entienden porque no pueden: el carácter polifacético de los países democráticos origina —como estela tumultuosa— un continuo cambio de carácter, que altera el fondo de los hechos y la forma de su expresión. Y si ellos no se entienden mal pueden comprender a quien les habla desde fuera noblemente, exhalando rectitud y deseo de paz y armonía.

La mayoría de las naciones pertenecientes al bloque occidental

nos reconocen «por cumplido», pero sin llegar a conocernos. Una cosa es, en efecto, *reconocimiento* y otra distinta *conformidad*. Las relaciones diplomáticas pueden establecerse *en grande*, sin que los autores de esa medida estén conformes con los principios en que se basa la política del país reconocido, y, al contrario, dichas relaciones pueden mantenerse con carácter restringido a pesar de hallarse convencido cada estado de que la orientación del otro es necesaria. La acción es independiente de la idea; al menos, acción e idea guardan entre sí la sola relación indispensable para ser consideradas como *efecto* y como *causa*, sin llegar a serlo completamente. Y desde ese punto de vista, creo inútil esperar la simpatía; bástenos lograr que ceda el odio, o que el olvido lo atenúe, o que una fuerza inesperada lo diluya.

* * *

Queremos entendernos y ser grandes amigos de Inglaterra y Norteamérica, de Francia, de Bélgica y Holanda, de Luxemburgo y Suiza. Pero de un país a otro la estructuración varía, y varía también el modo de enfocar la situación: aquí la conexión es más segura con el partido tal o cual que con el pueblo que lo ha elegido y le ha dado el poder; allí nos entendemos con la gente que votó, o con la fuerza que impulsó, o con el solo ambiente en que se mueve aquella gente y esa fuerza. Rara vez es absoluta la amistad de España con la nación que necesita o viceversa. Muy pocas veces los gobiernos y los pueblos, las fuerzas militares y el estado, forman un todo indivisible y homogéneo, con el cual establecer inmejorables relaciones o romperlas. Casi nunca en estos días dos naciones se hablan frente a frente, y de *tú a tú* se entienden como amigos o enemigos.

El régimen promete grandes reformas económicas, destinadas a mejorar la vida de la masa y a beneficiar a los que sufren las consecuencias de su propio desarrollo. Los partidos hacen todo lo posible para lograr la comunidad de pareceres indispensable a una buena acogida de su futura decisión, y los gobiernos realizan la propaganda necesaria para demostrar al pueblo que sus leyes tienen poco de arbitrarias. Todos quieren captar al individuo. Sin duda, el objetivo principal de los diversos grupos en competencia es el *poder*, cuya fuerza rebasa al hombre: lo inunda todo. Así lo re-

conoce —y lo proclama— Sir Stafford Crips, al escalar osadamente los peldaños que le suben hacia el púlpito de la catedral famosa de San Pablo (1), y al dirigirse a un público que espera una intensa ayuda espiritual y sorprenderlo con la gravísima noticia de que «las tensiones del poder incontrolado resultan excesivamente grandes para admitir que la *administración se mecanice y pierda su egregia personalidad, sin dar lugar a un trágico final*». Y en esto no se refiere sólo a su Reino Unido: se dirige al Commonwealth.

Entretanto, el individuo, el hombre aislado o el representante del pueblo soberano, reacciona a su manera o como puede. Cada cual amolda su *idea política* a la conveniencia particular de su propio mundo. En principio, los hombres se convencen de la teoría que siempre oyeron o que siempre les convino, y *a posteriori* encuentran argumentos, sin duda razonables, que pregonan como origen de su modo de pensar, sin acordarse —o sin saber— que existen bases o ejemplificaciones que permiten rebatir lo que ellos dicen a la gente. Y lo curioso es que la propia dignidad suele ser causa del comentario o de la razón expuesta. El hecho de pertenecer a una colectividad cualquiera es suficiente para tener la obligación de asemejarse a ella. No hay lugar para el ateo en un convento, ni plaza para el blando en los ejércitos. Tampoco se concibe que una abeja se desmande de sus muchas compañeras de colmena. La masa impera y su acción es automática, y el que la contradice es segregado rápidamente, en evitación de daño o de perjuicio colectivo.

En estas condiciones, unos votan por el hombre y otros cuantos por el partido. Churchill, en Inglaterra, lleva mucha gente en pos de sí, y, en consecuencia, sus conservadores frisan la victoria. Los demócratas-cristianos, en Italia, ganan ciertas elecciones, porque arrastran a los que quieren oponerse al comunismo. Y son muchos los ejemplos de este género citables, y todos ellos ponen de relieve que, poco a poco, la *idea propia* se relega a segundo término: el hombre que se acerca a depositar su voto recurre a un breve subterfugio para aunar su conveniencia y su prejuicio. El propio Gide, que baraja tan grandiosamente las palabras de su idioma, habla de que ya no es comunista cuando, a consecuencia de un segundo viaje realizado a Rusia, se convence de que el imperialismo anda por

(1) Día 8 de febrero de 1950.

medio en la extraña composición que el presidente Stalin y sus prosélitos están haciendo, y cuando manifiesta su disconformidad con lo que ha visto, lejos de abnegar, abraza fuertemente y con sincera devoción los principios amañados por los soviets y aquellos otros que siguen siendo base de la propaganda realizada por los hombres y las promesas fulminadas a través de la miseria y de los innumerables descontentos que hay en todas partes. No aparece una sola frase en su afamada *Vuelta de Rusia* (2) que señale un verdadero cambio de orientación política. Al contrario, a medida que las páginas se pasan, el lector atento va convenciéndose de que el autor se acuerda sin cesar de los primeros bolcheviques: los que siguieron la doctrina íntegramente, o más bien la pregonaron, pues seguirla es cosa aún no ensayada ni ensayable.

Stracher no llega a tanto. Escribe bien, no cabe duda. Mas de político no creo que tenga más que la ambición. Sin duda, su renuncia al comunismo actual es cosa seria y bien meditada; pero la causa de esa renuncia no está clara. ¿Qué puede hacer el hombre que se convence de que Rusia se aprovecha simplemente de la teoría de Marx y de Lenin para cubrir su imperialismo? Adoptar otro camino, quedarse quieto en la encrucijada. Mas siendo tantos los secuaces del bolchevismo que se convencen de su error o se sienten obligados al paso atrás, ocurre que ni hallan puesto libre en los sillones o en los diferentes bancos alineados en la espera ni alcanzan la cabeza de la columna que se fué por la otra vía. De ésta son los coches, y los motores, y las grandes invenciones de los sabios; al tiempo que ellos —los que se arrepienten y se retiran— han de ir a pie. Y la culpa no es del hombre, ya que el mundo se ha formado a su medida o él mismo está creado en proporción al territorio en que vegeta. Los árboles gigantes del trópico terrestre y las plantas diminutas que se atreven a nacer entre las losas de los viejos monumentos, están, sin duda, a alcance suyo —o a alcance nuestro, mejor dicho—. A esas plantas y a aquellos árboles podemos abarcarlos con la vista y medirlos sin trabajo. Divisamos su conjunto de una vez, sin más obligación que la de colocarnos a distancia razonable y relativa y a su tamaño, cual corresponde a la técnica lumínica y al modo de enlazarnos con los rayos que reflejan los objetos que miramos.

(2) *Retour de Russie* (París, 1930).

La culpa es de una fuerza imponderable, que ha nacido a pesar nuestro. Y esa fuerza irradia por el mundo.

En relación a ella, lo más grave no es el aumento de capacidad de poder político de ciertas instituciones sobre miles o millones de hombres que se hallan alejados de su base o del centro director correspondiente, sino el hecho de poder organizar en grandes núcleos a innumerables seres esparcidos por el mundo, sin otro nexo que el relacionado con un principio que ellos solamente preconizan y que los demás impugnan. En este tiempo, cada cual en su rincón y cerca de una radio, se siente unido fuertemente a los que simpatizan con su idea y esperanza. Ya no existe la terrible soledad del tiempo en que los rayos aprehendibles estaban limitados por la capacidad de los sentidos. En el desierto, caminando lentamente entre dos puestos sucesivos, señalados por un pozo y pequeño grupo de palmeras, puede oírse cada tarde la voz de la metrópoli tan claro como se oye la del hombre con el cual se habla frente a frente, y hasta en la cárcel enemiga se siente —o se presiente— el parecer de los que están allende la frontera.

Y en estas condiciones no parece fácil establecer la relación de dependencia que hay entre los medios que se enfrentan.

* * *

En los Estados Unidos, el hombre de la calle sólo quiere hallarse lejos de la guerra; lejos en tiempo y en espacio; lejos en realidad y en pensamiento. Quiere que le digan que sus fuerzas militares son más potentes que las rusas y que Rusia no se atreve de momento a combatir; mira con buenos ojos al que le anuncia un presupuesto destinado a fabricar aviones cuyo radio de acción permita colocar la bomba atómica sobre los grandes objetivos de Moscú sin tener que aterrizar; oye satisfecho al que le habla de un artefacto disparable desde Virginia o Massachusetts y que tenga la potencia necesaria y la precisión indispensable para aniquilar el centro de experiencias de los nuevos *Uve 2* soviéticos, y, en fin, está contento cuando logra llegar a casa y anunciar a su familia que no hay que preocuparse de la movilización. Pero, lejos de pararse a meditar sobre la forma en que los aviones de gran autonomía o los cohetes de mucho alcance podrán actuar, o sobre la reacción posible de las fuerzas a las cuales se opondrá, prefiere limi-

tar su razonamiento a lo sencillo y contentarse con pensar que tales medios bastarán para no perder la paz, que, al fin y al cabo, es su ambición, y cuando eso le parece algo difícil o imposible, recurre —*in mentibus*— a la famosa ayuda que los de fuera le daremos; ayuda consistente en que la lucha se efectúe en nuestra casa y no en la suya, y a ese efecto confunde los principios militares con la forma operativa y confía en que la defensa del Polo Norte, realizada con auxilio de las fuerzas canadienses, y la de Europa occidental, llevada a cabo por los grandes signatarios del último Tratado, serán bastante enérgicas para evitar que el enemigo llegue a América y moleste en la oficina, o disguste a domicilio, o arme jaleo en esa calle de la cual hemos sacado al hombre que origina esta pequeña digresión.

Y es que la gran nación americana se encuentra ahora en la misma situación que estuvo en ocasiones anteriores. Ignora la amenaza y, sin embargo, la teme enormemente. Cuando la escuadra de Cervera atravesaba el mar Atlántico —su proa a las Antillas—, en busca de un glorioso gesto que llenara el hueco de la última colonia, el presidente Mac Kinley sintió una sacudida imaginaria que llegaba de sus puertos orientales, amenazados por la quimera. Luego, en 1939, el segundo presidente Roosevelt, leyendo las ideas publicadas en *Mein Kampf*, del canciller del Reich, sufrió un escalofrío que llegó a su corazón violentamente. En ambos casos se trataba sólo de un temor. Ni España a fin de siglo XIX era capaz de llevar a cabo una represalia inútil ni Adolfo Hitler muy entrado el XX se hubiera decidido al gigantesco salto que temieron los de América. Pero si entonces la sola *idea* fué suficiente para intensificar la fuerza o entrar en ella, ahora el comunismo da lugar a una reacción más grande: la nación entera siente que la vanguardia del contrario está en su casa.

* * *

Durante muchos meses de postguerra, América ha creído firmemente en la democracia staliniana. Mas cierto día, un ex embajador cerca del Kremlin y otras personas que estuvieron en contacto con los rusos en plena lucha y al acabarla, escribieron sendos libros

que la sacaron de su sueño (3), haciéndole saber que había un peligro extraordinario en el sencillo *flirt* establecido con la antigua aliada.

Al despertar, los Estados Unidos quieren fijar una perfecta separación entre las ideas revolucionarias y el imperialismo ruso, con el fin de permitir la propaganda antisoviética y organizar los preparativos militares, y así trazar el límite que encierra al *hecho histórico* y a la *fuerza nacional*. Pero ese despertar es brusco; parece originado por una sacudida: una explosión, un cañonazo. En pocos días el país entero se da cuenta del error y, atropelladamente, quiere enmendarlo. El Aire acelera la fabricación de sus prodigiosos bombarderos; la cohería hace milagros; la física del átomo es impulsada violentamente, y la nueva técnica electrónica se yergue ante la amenaza que se cierne sobre el mundo. Y al mismo tiempo, en otra banda, las prensas de Chicago y de New York especifican los progresos de la industria siberiana; el cinematógrafo recuerda la amenaza del espionaje soviético, y en la Alta Cámara de Washington el senador Mac Carthy lee un interminable informe en que demuestra que hay más de ochenta comunistas en las principales dependencias del gobierno americano.

En resumen, la U. R. S. S. y Norteamérica se enfrentan poco a poco por temor a una posible G. M. III. Están ambas en acecho, observando los preparativos adversarios y alarmándose de las noticias enviadas por sus respectivos observadores o deslizadas por la radio o en los periódicos de gran circulación. Una y otra se preparan. Están dispuestas a luchar: *ojo por ojo*, aumentando presupuestos y ampliando instalaciones; *diente por diente*, construyendo iguales armas y artefactos bélicos, y, en fin —y antes del *cuerpo a cuerpo*—, inclinándose a pensar que la mejor defensa está basada en la ofensiva previa.

* * *

La industria americana está en la cumbre. El material de guerra que fabrica es excelente; las bombas de gran potencia que prepara son cada vez mejores y más seguras, y, en fin, las investigaciones

(3) El autor se refiere principalmente a los de BULLIT (*The Great Globe itself*) y BURNHAM (*The Struggle for the World*), que han sido reseñados en la REVISTA.

que realiza sobre los nuevos agresivos proporcionan diariamente una sorpresa. El presidente Truman ha llegado a asegurar que «determinadas fuerzas atómicas desarrollables son tan imponentes que el solo meditar sobre sus consecuencias produce escalofrío», y, en efecto, la vieja bomba utilizada en Nagasaki resulta ser un arma de efectos limitados, que ya figura en libros y en artículos modernos como un escalón sencillo —siquiera más pesado y más importante— en la eterna serie defensiva que entorpece el movimiento de las grandes unidades. Lejos de constituir un medio extraordinario, del tipo de una fuerza militar independiente, la bomba atómica de uranio empieza a ser aplicada —en teoría al menos— como un torpedo gigantesco o una granada mina procedente de un mortero de colosales dimensiones, establecido —o instalable— a retaguardia de la base de partida de los actuales regimientos ofensivos, y ante eso, los que hablan de armas terrestres o comentan las posibilidades de las aéreas, han llegado a decir que sin algo más potente que la bomba atómica que originó la terminación de la G. M. II, tanto Estados Unidos como Rusia saldrían de una tercera lucha sin llegar a daños irreparables.

Mas por desgracia hay mucho más. Sobre la marcha en pos de la captación de la energía cósmica, en la que el átomo se ofrece ya desintegrado —y con sus núcleos descompuestos y en plena vida o energía subastronómica—, se ha descubierto la posible reacción protónica del helio III y del hidrógeno, y se ha llegado, en consecuencia, a la probable formación de un nuevo ingenio perteneciente a un escalón más elevado que el de la primera bomba atómica...; ingenio titulado *bomba de hidrógeno*.

El descubrimiento que los técnicos de la nueva rama física han logrado consiste en haber hallado el modo de obtener un gas partiendo de otro semejante, en vez de hacerlo desde un sólido pesado. Los fenómenos conseguidos son de naturaleza semejante a los que se producen continuamente en el astro que da vida a nuestro mundo. Tanto en el sol como en la *bomba H*, se obtiene el helio partiendo del hidrógeno. Pero así como en el primero la transformación se verifica en consecuencia del calor reinante, que rebasa en ciertas zonas de la enorme superficie incandescente ocho millones de grados centígrados, ocurre en los diminutos laboratorios del planeta en que vivimos que para efectuar la operación buscada es necesario producir —siquiera momentáneamente— una temperatu-

ra que sólo es alcanzable en función del anterior descubrimiento, o sea desintegrando cierta masa de plutonio o de uranio 235 mediante bombas y un proceso parecido al de hace medio lustro. Luego el hidrógeno pesado, cuyo peso atómico es igual al peso atómico del helio, facilita la operación, pues es más fácil conseguir un átomo de helio partiendo de dos átomos de hidrógeno pesado que tomando como base cuatro átomos de hidrógeno corriente. Sólo es difícil en ambos casos formar el helio antes de que el hidrógeno sea dispersado por la fuerza originada por su propia desintegración, y en esto se halla condensado el último secreto de la serie.

Las reproducciones cinematográficas de la superficie solar ofrecen a la vista el espectáculo de grandes surtidores, desordenados y esporádicos, que, al parecer, son consecuencia de explosiones colosales de tipo atómico o subatómico o acaso varias veces ultraatómico, y que afectan a extensiones o a volúmenes aproximadamente iguales a los de nuestro globo, o equivalentes a un múltiplo o submúltiplo del mismo, y que, sin duda, no han llegado al astro entero, porque en ese caso la forma suya y su actuación presente serían distintas y habría cambiado la integración del mundo planetario en que giramos, y a estas horas no andaríamos a vueltas con problemas tan sencillos para el Ser Omnipotente, densificando nuestros gases y buscando subterfugios para obtener acciones o explosiones formidables en campos limitados y reducidos.

En efecto, el proceso actual está fundado en que el bombardeo de unos átomos de gas hidrógeno llevado a cabo con neutrones preparados, es más arduo o engorroso que el de un sólido muy denso, como el plutonio o como el torio, y en que para obtener un rendimiento interesante en la citada operación es necesario densificar el gas: licuefarlo o siquiera comprimirlo enormemente, mediante bajas temperaturas. Y eso no es fácil por supuesto; mas tampoco lo era —ni lo fué— el proceso que originó la desintegración de los primeros cuerpos de la serie más pesada. En todo caso, de no haberse llegado aún a la verdadera *bomba H*, se dice que es probable que el artefacto así llamado esté basado en la transformación de un átomo de hidrógeno y otro de litio en dos átomos de helio. El litio está, en efecto, cerca del helio y del hidrógeno, en cuestión de peso atómico: no estará de más tener en cuenta que el cuerpo mencionado en último término es el más ligero de entre todos los hallados hasta ahora.

De un modo u otro, en la nueva bomba el detonante sigue siendo caro; pero el explosivo abunda. No hay mucho uranio en la corteza de la tierra; en cambio, cada molécula de agua de los grandes ríos y de los mares tiene dos átomos de hidrógeno, y el proceso electrolítico de la descomposición del agua es muy sencillo.

Y no estará de más un punto en la materia, pues no se trata aquí de cosa técnica o científica, sino de presentar los resultados alcanzables con los nuevos artefactos, para así relacionarlos con las posibilidades y consecuencias de otra guerra gigantesca, y en cuanto a aquellos resultados se refiere, ha de bastarnos con saber que unos cuantos gramos de helio —muy pocos, ciertamente— pueden liberar una fuerza almacenada equivalente a varios millones de caballos (HP) durante cerca de seis horas y que ante eso una bomba H de sólo siete kilos será diez veces más potente que la de Hiroshima.

Y así, no puede sorprendernos que se hable de futuros incendios de oxígeno respirable, de unas terribles avalanchas de masas radioactivas, de la posible destrucción de grandes capitales o de la desaparición de todo rastro de existencia en amplias zonas o en toda una nación.

* * *

El Pentágono, en cuyas salas tapizadas de coloreados mapas se pretende poner en claro si el dinero disponible se debe utilizar en beneficio del ingenio que se acaba de esbozar o en conseguir mayor aumento de armas clásicas, se ocupa a un tiempo de otros inventos y de enlazar al hombre con la máquina, y a la fuerza militar con la finanza y la materia prima y la potencialidad económica e industrial de Norteamérica.

Las flotas militares —de aire y mar— se han disputado la conveniencia de preponderar en las futuras operaciones, o sea de absorber la parte alicuota más importante del presupuesto nacional. Y cualquiera pensará que, tratándose de créditos que a veces se aproximan a los dos mil millones —de dólares, se entiende—, no podía ser imposible satisfacer con amplitud a las dos partes interesadas; mas teniendo en cuenta que una sola división de portaaviones, o una sencilla modificación de la bomba atómica, o el descubrimiento de un sistema nuevo de autoconducción o teledirección de la cohetaría, o, en fin, el simple intento de reforzar o de variar

la consistencia de una barrera de aparatos electrónicos, son labores o elementos que por sí solos absorben, cada uno de ellos, el crédito citado y bastante más, llegarás fácilmente a comprender que nada basta y que es preciso distribuir con parsimonia, como si en vez de miles de millones para una lucha de colosal envergadura se tuvieran solamente algunos pocos destinados a mantener una modesta guerra de guerrillas, y, en efecto, la discusión es lenta y da lugar a controversia, y esta controversia trae disgustos, y el disgusto de los grandes negociadores origina un pleito nacional, que se remedia sólo a fuerza de relevos y de tacto, mas no sin antes motivar la admiración del mundo y el temor de que el esfuerzo de las armas o el argumento personal estén basados—inconscientemente—en egoísmos igualmente colectivos o individuales.

Determinaciones importantes solucionan la cuestión. El famoso «Estados Unidos», cuyo desplazamiento iba a acercarse a las 66.000 toneladas, es reemplazado—de pronto—por la producción en masa de una serie de bombarderos Boeing 36, cuya autonomía asciende a casi medio mundo (18.000 km.), y que por sí solos bastarán para llevar los agresivos de gran potencia adonde los aviones del coloso desterrado los habría situado y hecho estallar, y esto sin temor a la destrucción de una grandiosa nave, no fabricable en serie como el avión moderno. Y, simultáneamente, aparecen los esquemas del B. 50, y los aparatos destinados a transportar doscientos hombres con equipo, y los grandes cazas supersónicos, y los pequeños Sky-jeep para el Ejército. Y así, no sólo éste se dota, sino que el Aire se prepara a disponer de miles de aeroplanos, organizados en más de ochenta regimientos, que irán a todas partes a fin de sorprender al adversario con sus bombas o con las tropas destinadas a los grandes sabotajes militares.

En la Marina, los pequeños barcos prevalecen. La unidad compuesta de portaaviones y destructores, y, de otra parte, el despliegue protector de submarinos, protegidos, a su vez, por los aviones encargados de vigilar el fondo de la mar con sus modernos buscadores electrónicos, integran núcleos importantes que siquiera de momento, sirven de base al predominio y a los transportes superficiales.

En tierra, finalmente, los carros de combate son la base del conjunto. El cazacarros viene a ser un artefacto parecido. En todas partes cunde ligereza y gran potencia.

Y para eso Norteamérica puede movilizar de quince a dieciséis millones de hombres. Cerca de *cuatro* formarán la fuerza militar terrestre, constituida en más de un centenar de divisiones. El doble de otro tanto será seguramente destinado a la marina de guerra y a la mercante, y, en fin, el resto irá a parar al Aire y a los servicios especiales.

Cuanto más tiempo transcurra es más probable que los efectivos militares se acerquen a las cifras señaladas. Pero las circunstancias son difíciles. No ha de olvidarse que los gobiernos democráticos ayudan poco a asegurar la disciplina militar. Es cosa evidente que una movilización humana decretada en Norteamérica entre los años 1945 y 50 hubiera constituido un fracaso verdadero, por negarse mucha gente a abandonar su hogar y su trabajo. Más hoy todo varía: la evolución ha comenzado.

* * *

Frente a lo dicho, la Unión Soviética se lanzará a la guerra con los mismos hombres que estuvieron en la pasada, sumisos, inalterables e inconscientes de su misión política, y estos hombres, con los nuevos, oirán las voces de sus jefes sin la menor protesta, y cuando lleguen a su meta hallarán viejos amigos —nunca vistos— que les dirán su gloria y la interminable espera de los guerrilleros que lucharon contra su patria. Se darán explicaciones mutuamente. Mas cuando aquellos invasores se percaten o conozcan lo que es la vida y se den cuenta del motivo de esa espera, será ya tarde para ayudarles: estarán en caso semejante al del cristiano que se espanta de ver que en otra tierra hay un gran libertinaje, que él, sin duda, admitiría sin el potente freno de sus principios religiosos.

Tales hombres y el material antiguo y el fabricado desde la fecha en que los supremos jefes se reunieron y celebraron la victoria con un banquete inmenso habido en Potsdam, servirán de base para formar unas trescientas divisiones (bien dotadas) y movilizar innumerables submarinos (con lanzadores de cohetes y modernos detectores), y, en fin, poner en vuelo unos catorce mil aviones (en parte con motor de reacción). Y aún dicese que al cabo de unos meses —no demasiados—, la U. R. S. S. será capaz de organizar unas seiscientas divisiones en total, y es probable que los planes industriales para dotarlas de armamento y material estén en mar-

cha. No en vano el jefe del Gobierno y generalísimo de las fuerzas militares, José Vissarianovich Stalin, preside un gran Gobierno de cincuenta y seis ministros, entre los cuales han de citarse, en razón a su directa intervención en lo expresado, los de las *fuerzas militares* propiamente dichas y los de *Industria Aérea* y de *Industrias de Mar y Tierra*, que trabajan en constante relación con los de *Industrias y Construcciones Pesadas*, *Industrias de Precisión* y *Municionamiento* a los servicios de Aire, Mar y Tierra.

Y en cuanto se refiere a técnica, no ha de olvidarse que el famoso centro de Peenemünde está en poder de Rusia y que en él, ya en tiempos hitlerianos, se pensaba en proyectar bombas aladas y cohetes dirigidos de alcance suficiente para sobrepasar el Océano Atlántico. Y creo inútil hablar de los esfuerzos realizados por los Soviets en pro de conseguir la bomba *H* o simplemente atómica, porque a la vista está de todos el esfuerzo realizado por los servicios exteriores y los sinsabores producidos por los mismos, y aún es de suponer que hay muchos sabios que trabajan en la estepa y en las cuencas de los grandes ríos siberianos, de grado o por fuerza: en todo caso amenazados por un castigo irremediable.

* * *

No es posible calcular las diferencias cuantitativas y cualitativas entre la preparación lograda por Norteamérica y la de los Soviets. No obstante, pensando un poco en la carrera de armamentos que está iniciada, el hombre se imagina sin querer que el hecho se produce como esotra en que dos caballos, sobre una pista, aceleran su galope, dispuestos a alcanzar la ansiada meta cada cual antes que el otro. Si ambos animales empezaron a la vez, y desde un principio se estiraron libremente, parece lógico pensar que el tiempo sólo ha de servirles para aumentar en proporción la diferencia establecida, con lo que el premio o la victoria será del que ha logrado más ventaja. Y este criterio se afirmará si, a más de la distancia que ha ganado, el de cabeza tiene más reservas, según es muy probable que suceda en consecuencia de la fuerza que le dió la delantera, y según se sabe que sucede a Norteamérica, en carrera con los Soviets. Los Estados Unidos, en efecto, se hallan en condiciones, con ciento veinte millones de toneladas de acero en reserva, de superar la meta que Rusia quiere alcanzar en los próximos diez

años. De otra parte, la producción de petróleo disponible es —para ellos— seis veces superior a la obtenida en la Unión Soviética, y esto sin contar la intervención que ejercen sobre el cien por cien de los petróleos colombianos, el 63 de los venezolanos y sobre otras varias zonas o explotaciones de interés extraordinario, cuales son las argentinas y algunas árabes.

Pero si la carrera no estuvo bien llevada o —más tarde— el caballo de cabeza desperdicia su energía, o se niega a realizar el gran esfuerzo necesario para mantener su primitiva posición, es evidente que el tiempo dará margen al siguiente para cerrar sobre el primero, y le ofrecerá de tranco en tranco mayores esperanzas de victoria. Y aunque éste no es el caso de americanos y de rusos, escalonados —correctamente— en el orden que se cita, es evidente que la gente interesada en las apuestas querrá saber si hay un temor de cambio, y hará por ver, y se alzará, y con su alboroto y gritería tratará de conseguir lo que no puede el animal que está en la pista, buscando apoyo en su filete y expuesto a ser vencido.

Pero no son caballos los que corren ni seres cuya fuerza disminuye o se desgasta. Al contrario, se desenvuelve todo cual si los varios competidores estuvieran motorizados, o casi mecanizados, y como si el esfuerzo desarrollado y la velocidad lograda fueran función de ingenio o de la técnica del hombre que supo hacer caballos de carreras e impulsarlos. También se sabe que la lucha comenzó secretamente. No hubo *starter* ni cosa parecida en la arrancada. Cada uno dió principio a su galope cuando le vino en gana, y tan sólo aceleró cuando el peligro empezó a cundir. De modo que al pasar por la tribuna, el orden no dice nada al entendido que mira ansiosamente a los varios competidores con sus gemelos. Le dice sólo un poco lo que sabe de antemano, por conocer a los que luchan o haberlos visto previamente o contemplado en otras pistas o en el campo, siendo potros o potrancos. Y en nuestro caso, él predice que la victoria será de Norteamérica.

Mas, desgraciadamente, el resultado conseguido en la carrera puede ser provisional. Cada cual desea intimidar con su ventaja al adversario, y de ese modo evitar la G. M. III. El trabajo realizado lleva a mejoras, y a más y más de día en día, y a lograr una potencia formidable, impresionante, imprevisible. Y en estas condiciones, ¿habrá guerra?

* * *

El ambiente no es optimista.

La carrera de armamentos ayuda poco a evitar la guerra, y, sin embargo, el que no interviene en ella pierde, al menos, su nacionalidad futura.

Si hubiese una manera de controlar la energía atómica y evitar que fuera utilizada en preparar futuras agresiones, no cabe duda que las probabilidades de conflicto quedarían menguadas. Mas no habiéndose logrado el acuerdo indispensable para establecer ese control, el solo hecho de saber que los Estados Unidos trabajan incansablemente en la obtención de nuevas bombas de gran potencia, es suficiente para que Rusia se preocupe del asunto, y el hecho de que Rusia no declare francamente lo que tiene entre sus manos basta para que Norteamérica intensifique su trabajo. Y en estas condiciones, un sola chispa es suficiente para que el fuego se produzca, y el fuego, en este caso, se llama *G. M. III*, y la ventaja —el empezar esa contienda— estará de parte del que se haya adelantado en la carrera de armamentos.

Mas sucede que el que pierde la carrera previa o competición preparatoria, recurre a un acto desleal: se desvía de la pista y, mediante un buen atajo, gana espacio. Así, en efecto, lo hacen los Soviets, llevando a cuestras su propaganda, para llegar lo antes posible al S. O. asiático, a la Europa incierta y al propio corazón de los Estados Unidos.

El sistema es desigual. Nosotros —y hablo de Occidente, en su conjunto— no tenemos quintacolumnistas en territorio ruso. En cambio, se permite en Occidente —y me refiero en este caso a los países democráticos— la labor ingente de los que se hallan decididos a emplear sistemas ilegales a fin de fomentar el imperialismo de los Soviets. Norteamérica, Inglaterra, Italia y Francia toleran, más o menos, que sus propios nacionales sirvan a Rusia primero que a su patria, con el pretexto de que no se hallan de acuerdo con los principios admitidos por su Estado; dejan que haya gente que se cebe en el hombre descontento y en las colectividades disconformes con el régimen reinante para lograr efectos imposibles de alcanzar de otra manera, y soportan con paciencia que los innumerales emisarios del bolchevismo se dispongan a minar el templo sin que antes sea posible desalojarlo, o a actuar como las ratas en la nave, que viven de su vida y su madera, de su grano y sus depósitos, y se eclipsan de repente cuando el incendio se produce o un

peligro se presiente. Y todo eso a fin de que sea imposible echar en cara a los gobiernos el más pequeño tinte de falangista, pues ello produciría (*sic*) la deshonra más completa. Es más, si la denuncia fuera cierta, los socialistas, los demócratas, y en algunas monarquías los monárquicos, se unirían a aquellas «ratas» para evitar la afrenta, y buscarían otro gobierno o un nuevo régimen garante de una completa libertad; la necesaria —por supuesto— para llegar a hundir el edificio nacional.

Y lo curioso es que las naciones ya citadas no quieren darse cuenta del fascismo de los Soviets, que, dirigiendo el cien por cien de esa nefasta propaganda, dominan sobre todos los países en que las «ratas» han logrado un buen trabajo y han conseguido resquebrajar el armazón de viejo Estado. A raíz de la odisea del ministro americano Heath, en Sofía, el *Times* hizo presente, en cierto ingenuo comentario, que si las naciones satélites de allende el telón de acero no estaban autorizadas a relacionarse con las potencias occidentales, y si todos sus asuntos exteriores habían de conducirse a través de Rusia, resultaba muy pequeña la diferencia, por ejemplo entre los sistemas ucraniano y búlgaro, y esto lo digo, o reproduzco, no por el comentario mismo, sino a causa de la fecha en que aparece, ya que es interesante traer a cuento el hecho de que a principios de febrero del 50 aún se creía en las redacciones de los diarios londinenses que las cosas de los Soviets sucedían de otro modo.

Pues bien, la paz será imposible mientras subsista la idiosincrasia actual. Y no hace falta que Inglaterra y Norteamérica se hagan fascistas; es sólo indispensable que sus respectivos gobernantes no teman el insulto. No ha de olvidarse —lo hemos dicho— que el simple apóstrofe se ha convertido en frase malsonante y ofensiva por obra y gracia de aquellos Soviets.

En efecto, el comunismo es un factor que viene a complicar la acción prebélica. La mayoría de los pueblos están conformes con los *slogans* de la política soviética. Mas cuando estalle la contienda cada cual exigirá que su nación la gane y, a este efecto, que su Estado la haya previsto, y los pueblos suelen ser intransigentes en la materia.

* * *

En definitiva. Rusia y Norteamérica están enfrentadas y en situación prebélica. Su hostilidad emana de un contraste improrrogable entre sus respectivas estructuraciones social y económica.

Sin embargo, es evidente que no tendrá lugar un desafío aislado. Las actuales circunstancias militares y etnográficas se oponen a ello. Por razón de vecindad o de simpatía, por motivos comerciales o industriales, por causas religiosas o políticas o, en fin, por circunstancias imprevistas, sucede que se forman células en que los varios componentes son a veces más opuestos —en cuestión de ideas o de raza— que los opuestos partidarios de los núcleos principales. No en vano, en la esfera física, las moléculas cargadas de electricidad contraria se atraen intensamente; al fin y al cabo, la política exterior es una ciencia experimental en que los genios luchan con frecuencia para oponerse a leyes simples y naturales que suelen ser inexorables.

De resultas, Norteamérica y los Soviets, no sólo intensifican la posible cooperación de los que están dispuestos a ayudarles o han quedado bajo su férula, sino que intentan convertir en principal lo secundario, o en sencillo lo intrincado, o en importante lo normal, y aun procuran agigantar los intereses del pequeño o las reacciones del mediano, siempre a fin de conseguir la ayuda necesaria para aumentar su propia fuerza o su prestigio. Además, los tiempos han virado —ya lo veremos— hacia la necesidad de poseer una base de retaguardia proporcionada al esfuerzo que se va a desarrollar, y sucede —¡ahimé!—, por esa causa, que la economía manda más que el honor en los diabólicos proyectos de casi todas las naciones.

Ahora bien, la teoría moderna de oponerse a lo indeseable —al comunismo en este análisis—, con auxilio de un estado blando o intermedio, es bastante parecida a la del avestruz que dobla el cuello y baja la cabeza para zafarse de un peligro que está cerca. El resorte, en ese caso, actúa simplemente como una *cobertura* militar, mas sólo cuando ha empezado la guerra. Sin duda, proporciona algún retraso: acaso el tiempo necesario para evitar la gran sorpresa. Pero así como en operaciones tácticas las fuerzas avanzadas se retiran lentamente o quedan prisioneras, ocurre en nuestro ejemplo —político-estratégico— que, a veces, la débil protectora —flácida y elástica— se revuelve furiosamente contra la fuerte protegida. Una vez invadido, el antiguo estado muelle se diluye: no se

opone a la propaganda de los Soviets, y claro está que el tiempo, corto o largo, que la mancha comunista tarda en pasar de una frontera a la siguiente, permite al invasor fortalecerse y fortalecer al invadido en ideas, en seguridad política y en potencia bélica.

Hay que huir de protecciones intermedias. Es necesario, desde un principio, afrontar al enemigo cara a cara. En estas condiciones, la impermeabilización de la frontera es cosa fácil. Sólo es difícil acallar a los de dentro cuando se ofrecen al contrario... por si acaso, y aún es más difícil conseguir ese importante resultado cuando se quiere hacerlo sin ejercer siquiera una presión elemental, presión no superior a la forjada y utilizada en tiempos anteriores por las naciones democráticas.

En Europa, el muelle inicial es Alemania, la Alemania antigua, en dos pedazos: uno *oriental*, en que aún subsiste la fachada —los partidos comunista, cristiano-democrático y democrático-liberal—, mas cuyo núcleo interno está adherido fuertemente a la célula soviética, y otro *occidental*, en que el gobierno ha de entenderse con los altos comisarios de Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Y esa Alemania espera, en su conjunto, volver a ser potente y poder administrar su propia hacienda. Mas ¿de qué modo? Nadie lo sabe. Rusia confía en que la ayuda americana disminuya y, en consecuencia, el trabajo falle y el sintrabajo ayude a protestar de los sistemas implantados por Norteamérica, y ésta paciente porque cree que es suficiente taponar de cualquier modo las puertas entornadas de Berlín.

Al mismo tiempo, en los antípodas, América y los Soviets procuran —inversamente— mantenerse en posiciones semejantes. Pero la primera y sus aliadas operan con desorden. No pisan firme, como Rusia. Gran Bretaña se apresura a reconocer el gobierno comunista de Pekín, y simultáneamente anima al Kuo-min-tang, regido por el viejo Chiang Kai-shek, a hacerse fuerte en la isla de Formosa: un sencillo *bunker*, mal solidificado en el Pacífico. Y entretanto, Mao Tse-tung y Stalin aprovechan esa falta para firmar un Tratado de alianza y de amistad que va a durar seis lustros, y cuyo objeto —oficialmente— es *evitar el resurgimiento del imperialismo japonés y toda agresión que pueda ser lanzada por un país que se halle directa o indirectamente en contacto con el Japón, como Indochina y el Suroeste asiático, India, Pakistán, etc.*

Hay, en efecto, una gran contrabarrera en que apoyarse para ver qué pasa dentro, y esa contrabarrera empieza en las Kuriles y abarca hasta Ceilán.

En el Imperio de la diosa Amaterasu, Mac Arthur procura edificar una nación bastante fuerte para llegar a controlar —o influenciar ligeramente— el desarrollo de la acción continental. Y pretende conseguir ese propósito sin que resurja el viejo espíritu; sueña en un *bushido* sin daimios, que no despierte al shintoísmo ni reavive los sentimientos religiosos del Japón antiguo. Pero lo que Mac Arthur quiere es incompatible con su misión. Se halla en desavenencia con el estado sobre el cual ejerce su omnipotente dictadura, y el desacuerdo le acerca a Rusia —que tampoco quiere la potencia japonesa—; mas sin que pueda haber *entente* entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, que parten para todo de una profunda incomprensión.

Más abajo, la vieja Unión Francesa y el territorio tailandés se hallan ahora bajo una presión soviética muy semejante a la nipona que ambos sufrieron durante la intrincada G. M. II. La precaria situación del almirante francés Decoux —representante varios años de una metrópoli vencida—, a más de la postura insostenible de los siameses, originaron la intensificación de varios nacionalismos, que, a falta de fuerza propia, se apoyan ahora en los Soviets para lograr sus pretensiones. Y en tales circunstancias, si el régimen de Ho Chi-ming prospera, los territorios inmediatos abrirán sus puertas, y el viento que penetre será bastante fuerte para barrer a mucha gente de Birmania y de Malasia.

Al Sur, en fin, los paquistanios y los indios están en guerra fría. La cuestión de Cachemira no se resuelve. Los ejércitos de Delhi y de Karachi están enfrentados, y un incidente no importante puede traer la guerra. En fin, los emisarios soviéticos fomentan el descontento, la protesta y la animadversión contra los gobiernos respectivos de ambas Repúblicas.

Y como consecuencia de cuanto queda expuesto, la política militar de América en el frente asiático y las discusiones habidas entre los diferentes miembros del Commonwealth, están selladas por una intensa incertidumbre, que unos atribuyen a la escasa consistencia del mar abierto que malamente cubre la costa occidental de

Estados Unidos y otros achacan a la estrechura del canal que enlaza a Gran Bretaña con sus colonias de Extremo Oriente.

* * *

La manifestación externa de esa guerra *suave* y *sucia*, según empieza a ser nombrada en muchos sitios, se traduce en ajeteo de portaaviones y cruceros, y en maniobras combinadas de aire, mar y tierra, y en acuerdos militares, y en envíos de armamento a una serie de naciones que aún no saben qué partido tomarán cuando la dureza —una dureza ilimitada— caracterice a la iniciada guerra fría, y, en fin, en nerviosismo, un nerviosismo que llega a todas partes y está presente en comentarios, conversaciones, artículos de prensa y de revistas, y se refleja en la zozobra de unos dos mil millones de hombres y mujeres.

Y este nerviosismo, esos envíos de armamento y aquellas maniobras y acuerdos militares y ajeteo inacabable, se extienden hacia los grandes continentes. Los puertos marítimos y los aeródromos que fueron utilizados en 1945 para las últimas ofensivas contra el Japón (desde Marianas a Liu-kiú), provistos ahora de potentísimas defensas y abastecidos con aviones de bastante autonomía para operar sobre Siberia, siguen, de seguro, siendo puntos de partida de suficiente amplitud y envergadura para integrar una amenaza seria contra Mongolia y la cuenca del Amur. Los grandes puertos de Hong-Kong y Seletar, igualmente bien provistos y defendidos, constituyen el refugio principal de las flotillas que vigilan la costa asiática y que protegen discretamente el nacionalismo de los países amarillos. Colombo, sede maravillosa, en que la paz eterna parece asegurada por las palmeras y la feracidad del suelo, se ha convertido en retaguardia interesante para las naves que se alejan de sus respectivas zonas de vigilancia. Malta, con elementos suficientes para una buena ayuda, es una base naval y aérea muy importante. Gibraltar, en fin, etapa inglesa —y hoy también americana—, es la estación fundamental para las flotas encargadas de custodiar el Mediterráneo. Y en cuantas zonas se han nombrado existe una constante cooperación de fuerzas aliadas, y de cuantas bases se han citado entran y salen diariamente submarinos, aeroplanos, pequeños destructores y grandes portaaviones, que incesantemente van y vuelven y esperan que la guerra se declare.

Para ese gran conjunto, el Tratado de Bruselas crea un órgano director internacional. Los Ministros de Asuntos Exteriores de las naciones firmantes del Pacto Atlántico estudian la defensa en forma teórica, al tiempo que los Ministros militares y los Estados Mayores internacionales les dan aspecto práctico, haciendo notar a los primeros las posibilidades y limitaciones de sus proyectos iniciales. Por otra parte, la mencionada Junta delega en otras similares los trabajos relacionados con el abastecimiento, las finanzas y la defensa propiamente dicha. Y, finalmente, los proyectos de operaciones y las maniobras preparatorias quedan a cargo de ciertos Mandos y Estados Mayores elegidos en común y que se encargan de estudiar lo que ha de hacerse, a fin de averiguar los elementos necesarios para hacerlo.

Entretanto, una *Ley de asistencia para la defensa mutua*, que aparece en Washington el 6 de octubre (1949), concede un crédito inicial de 1.314 millones de dólares a las naciones signatarias del Pacto Atlántico. Mil millones corresponden a los países europeos, si bien a condición de que los futuros beneficiados hayan concretado sus respectivos planes de cooperación a la defensa del conjunto, y se comprometan a firmar sendos acuerdos con los Estados Unidos, basados en mutua ayuda y en acatar disposiciones o consejos de una misión americana establecida en su capital. Luego, más dinero afluye. Y en estas condiciones, Inglaterra acepta un centenar de superfortalezas tipo G. M. II, y Francia recibe una remesa muy importante de carros de combate; y lo curioso es que esta última, la más favorecida en el reparto, es la que luego dificulta el desembarco de las armas y del material de guerra concedido; y es que la propaganda llega a sus diferentes puertos, y las decisiones de la Cámara no sirven —o son insuficientes— para dar firmeza a los acuerdos y prepararse a la defensa nacional.

Por último, el 6 de enero de 1950, el Consejo de Defensa del Atlántico septentrional aprueba en Washington los planes estratégicos que recomienda el Comité de Estados Mayores; y, a partir de ese momento, los ejercicios combinados se realizan con arreglo a programas ordenados y meditados, y el armamento se fabrica según acuerdos emanados del referido Comité. En los ejercicios toman parte casi todas las naciones interesadas en la defensa de Europa occidental; y en las construcciones militares, Gran Bretaña, Esta-

dos Unidos y Canadá consiguen reglamentar su material y su armamento, cual si tuvieran —casi, casi— un solo ejército y unas so-las fuerzas aéreas y navales.

* * *

Burnham, en *The Struggle for the World* (4), parte de la idea de que la *G. M. III* ha comenzado ya. El demuestra que empezó antes de acabar la *G. M. II*. Entiende que el motín de marineros griegos ocurrido en Alejandría en abril de 1944, y que hubo de ser violentamente sofocado por los ingleses, es la primera escena de una conflagración mundial en que los innumerables beligerantes se agruparán alrededor de los opuestos conductores de los núcleos acogidos a las ideas cumbre o fundamentales de la sociología moderna. Y, sin duda, tiene razón de sobra. Pero conviene establecer que él se refiere solamente al estado latente o guerra fría que ahora sufre todo el mundo, y no a la guerra auténtica que estallará cuando se piense en ella menos.

La sorpresa política ha sido siempre necesaria. En diciembre de 1938, el ejército alemán tuvo noticia de que iba a prepararse para una guerra que empezaría en 44 ó 45. El límite era máximo, y parecía pequeño. No había elementos suficientes para pasar en tan pocos años de la nada a unas fuerzas militares en condiciones de hacer frente a Gran Bretaña, Francia y Polonia; y, sin embargo, el 23 de mayo del año 1939 Hitler decidió ocupar esa última nación y fijó el mes de septiembre para empezar la lucha. La conferencia decisiva tuvo lugar en la nueva Cancillería, «cuyas paredes estaban húmedas aún»; y «esta vez —dijo el Führer a los jefes de la Wehrmacht— no se trata de una operación de tipo Ruhr o semejante a la de Praga, sino de hacer la guerra seriamente. Inglaterra inducirá a los franceses a lanzarse contra la *Westwall*...; Bélgica y Holanda serán ocupadas y las declaraciones de neutralidad, ignoradas» (5). Y así fué, por el secreto; y ahora —o pronto, mejor dicho— todo sucederá como esa vez, o como en ocasiones anteriores.

¿Que quién empezará? Christopher Norborg asegura en un sabroso comentario que «está al margen de toda discusión el hecho

(4) New York, 1948.

(5) RAYMOND CARTIER, *Les secrets de la guerre, dévoilés par Nuremberg* (París, 1946).

de que la Tercera Guerra no será iniciada por las cincuenta y dos naciones de la O. N. U., sino causada u originada por un simple negociado político de un solo Estado Soviético (6).

Y, ¿cómo empezará esa lucha, cuando empiece? Sobre esto lord Tedder recuerda que, a partir de 1939, todas las campañas dan comienzo en función de una sorpresa táctica encauzada hacia las bases aéreas del contrario (7). En efecto, en aquella fecha Alemania inició su invasión de Polonia mediante una ofensiva desde el aire que destruyó en muy pocas horas la escasa fuerza de su enemigo. Y a partir de ese momento, las arrancadas son idénticas: un día y otro, una vez y la siguiente, en cada ofensiva y en cada principio de campaña, grande o pequeña, corta o larga, lo primero ha sido siempre una acción intensa desde el aire con el aire.

* * *

Pero, esta vez, «las explosiones originadas por los quintacolumnistas serán la acción primera..., y los proyectiles autodirigidos darán lugar a la segunda...» (8).

Las bombas viajarán de incógnito. Sus elementos principales, semiescondidos entre efectos de toda especie, serán llevados en maletas de uso corriente, como cosa inofensiva. Alguien ha llegado a comentar —en libro serio— que tratándose de cosas y artefactos no previstos como fraude o contrabando en los aranceles aduaneros, los emisarios encargados de transportarlos podrán hacerlo sin temor a extraordinarias dificultades. En todo caso es evidente que el intento podrá llevarse a efecto; sin que esto impida que una parte de los elementos en cuestión procedan subrepticamente de la nación contra la cual han de aplicarse.

Cualquiera sea el rendimiento conseguido por los quintacolumnistas, los grandes bombarderos lanzarán su bomba atómica en seguida sobre los blancos elegidos previamente por ser interesantes para lograr que el enemigo se detenga o renuncie a la pelea.

Simultáneamente, los *Uve* insuperables estallarán sobre la zona del contrario, a fin de reforzar la acción de aquellos bombarderos.

(6) *Operation Moscow* (Nueva York, 1947).

(7) *The LORD TEDDER, Air Power in War* (Londres, 1947).

(8) *BRADFORD, The case of the Admirals.*

o prolongarla, o con objeto de batir algunos otros objetivos sobre los cuales no convenga realizar vuelos de altura. Con su autonomía y su gran velocidad llevarán la destrucción a las ciudades y a los centros industriales; y, si bien es improbable que se dote en poco tiempo a los actuales aerotorpedos dirigidos con agresivo nuclear, no es menos cierto que los efectos conseguibles con los medios ordinarios siguen ofreciendo el interés que habrían tenido en los años posteriores al último armisticio, de haberse prolongado un poco más la G. M. II. Sin duda, la velocidad horaria de los ingenios mencionados no ha aumentado mucho. Se sigue hablando de mil millas; de mil quinientas a lo sumo. Pero su alcance y su precisión son cada vez mayores en las pruebas realizadas en Australia, en Inglaterra, en la Unión Soviética y en los Estados Unidos; y aún ha de agregarse que los futuros *Uve* podrán volar —o navegar— a poca cota, por lo cual será difícil detectarlos con los instrumentos que hoy se tienen (9).

El servicio de los *Uve*, aun desprovistos de agresivo atómico, será importante. En efecto, no basta lanzar trescientas bombas sobre cada uno de los objetivos adoptados, como hicieron, en 1944, los mandos aéreos de Inglaterra y de los Estados Unidos; sino que es indispensable evitar que el enemigo pueda levantar lo hundido. Si al destrozo no acompañan emisiones radioactivas, habrá que mantener una cadencia inusitada contra la fábrica, la mina o la zona petrolífera en cuestión; y, a ese efecto, nada más seguro que los *Uve*.

Mas si estos *Uve* tienen poca precisión, o no es posible desde el aire hallar el objetivo que interesa demoler, será preciso recurrir a los transportes: sin duda semejantes a los llevados a cabo desde Escocia contra la meseta noruega de Stavanger, para destruir los depósitos de agua pesada y los talleres destinados a producirla. Es más, el aerotransporte de almagáres o de unidades combatientes, a más de cooperar a la desaparición de algunos blancos estratégicos, puede servir para lograr la posesión de alguno táctico: simple cabeza de ruta aérea o marítima que permita la ofensiva, o tupida red de nudos de una malla que facilite la defensa.

Puestos en marcha tales actos de sorpresa, los Estados Unidos seguirán, como en 1939-45, relativamente seguros de no sufrir un

(9) General JOHN L. HOMER, «Proyectiles dirigidos y la guerra futura» (*Coast Artillery Journal*, nov.-dic. 1947).

bombardeo enemigo. Rusia, en cambio, estará directamente sometida a la acción de las diferentes fuerzas angloamericanas establecidas en este viejo mundo. Pero ella *encajará* potentemente, sin temor a un hundimiento prematuro. La entereza de su pueblo y el área de su dominio contribuirán a ello. Las víctimas propiciatorias —siquiera de momento— serán los varios países que, perteneciendo al antiguo continente, entren en guerra con los Soviets: estarán muy cerca de éstos y lejos de la base americana. Habrán, por tanto, de intervenir a fondo en la defensa o el ataque. Volcarán los hombres necesarios para densificar los nudos o reforzar las cabeçeras de las rutas mencionadas. Acudirán de prisa a todas partes, como en sazones anteriores y entre sí distantes, acudieron los franceses a Lorena y los húngaros a Buda y los chinos a Corea, y nosotros a los pasos catalanes y navarros de nuestro Pirineo, y hasta los propios rusos —que en mal momento recordamos— a Poltava contra Carlos XII, y a Smolensko y Borodino contra Napoleón I, y a Moscú (los de Siberia) contra los ejércitos mecanizados de Hitler; que rara es la nación que no recuerda a sus menores una gloriosa hazaña de ese tipo, que le ayude a fomentar el patriotismo de las futuras generaciones de soldados. En fin, aquellas gentes harán lo más posible por convertir en posiciones más profundas la red de puestos establecida en los momentos angustiosos; y, por supuesto, no habrá faja de *vanguardia* ni de *reacción*: el territorio entero será una zona interminable de *inacabable resistencia* en que las fuerzas aéreas y terrestres actuarán lo antes posible con *fierza incomparable*. Y la gente acudirá violentamente; y cuanto más salvaje haya sido la agresión, será más grande la indignación y más sincero el entusiasmo. Todos sabrán que el que no lucha —en ese caso— hasta el último instante y con su último recurso, pierde su derecho a la existencia. Y como la propia paralización no envuelve la imposibilidad de recurrir a los sistemas viejos, sucederá que, ante la ausencia de una fuente de energía inagotable, se pensará, a la vez, en guerra y en guerrilla, para así llegar a lo imprevisto y conseguir lo más posible.

En efecto, es poco probable que Europa occidental deje de ser, por vez tercera, el teatro principal de operaciones. Su orilla atlántica y sus poderosos guardaflancos —Iberia y Gran Bretaña— formarán base de partida para la gran contraofensiva hacia la estepa rusa. Los que *somos* de esa base constituiremos la cobertura de la

inmensa retaguardia americana. Contra nosotros —o contra nuestras fuerzas militares— tendrá lugar el choque de la Gran Potencia que está dispuesta a conseguir la dominación del Mundo a petición de los que creen en sus promesas.

Cuando ese ataque se produzca, la sola ubicación de una provincia será la causa de su valor; y mal podrán considerados extra-bélicos menguar ese valor o la importancia de las zonas que se vean envueltas en la contienda, o arrolladas por los Soviets, o sirviendo de grandiosa plataforma a los que logren contener al enemigo y defender la vida y el ambiente de cada vieja patria.

En caso no probable, Rusia alcanzará la orilla del Atlántico. En ese instante pasará lo que pasó el año 1940. La postura de los Soviets será muy parecida a la que entonces tuvo el Reich; y la duda será idéntica: invadir a Inglaterra, o arriesgarse a través de España en dirección a Gibraltar, o todo a un tiempo. Pero esta vez habrá motivos para no parar la acción: las grandes estaciones ofensoras se hallarán —lo he dicho— en los mencionados guardaflancos, y su conquista será cuestión de vida o muerte.

¿Entonces?

No es sencillo pronosticar. Los planes de operaciones son difíciles de hacer. Si en los ejércitos uniestatales hay que explorar el parecer de ciertos escalones inferiores antes de pergeñar la decisión, es evidente que en el caso que estudiamos habrá que ir más allá: será preciso convencer a cada mando de que lo proyectado es lo mejor, y será incluso necesario cambiar de idea cuando el propósito en cuestión no sea logrado. Las continuas desaveniencias entre los adversarios de Bonaparte al empezar el siglo XIX, las interminables negociaciones que entorpecieron la acción de Foch en 1918, las relaciones agrias que siempre mantuvieron Eisenhower y Montgomery en 1944, son ejemplos que demuestran que no andará descaminado quien acepte lo predicho.

Además, no existe suficiente información para escoger. El servicio americano es deficiente y el telón de acero es infiltrable; y, en estas condiciones, nadie puede resolver ni decidir. Los mismos inclinados hacia Occidente —en el Pacto o fuera de él— ignoramos la potencia de las naciones que han de conducir la *G. M. III*. Volvemos hacia América la vista, pidiendo auxilio, y reconociendo que está allí la economía que ha de vencer. Mas conociendo la postura

o la idiosincrasia de las grandes democracias europeas, *esperamos*... equivocadamente.

En la Bolsa callejera —y entretanto—, los valores bélicos de Francia, de Inglaterra, de Italia, de Bélgica y Holanda bajan diariamente.

Más que jalones, los catorce acontecimientos catalogados en el programa del «Seminario sobre Europa» que el Instituto de Estudios Políticos ha organizado (10), son argumentos demostrativos de que el viejo Mundo pierde, en forma absoluta, su hegemonía política y económica sobre la Tierra. Catorce fueron, igualmente, los puntos que estableciera el presidente Wilson al constituir la Sociedad que se instaló en Ginebra con el propósito de dirimir cuestiones indirimibles, y que al fracasar nos señaló el camino hacia una democracia sin cabeza, que como tal anduvo a ciegas, embarullando ideas y principios que antaño fueron sus andadores. Mas de igual modo que estos puntos fracasaron, es de esperar que las razones anteriores no conduzcan a un resultado definitivo. Y, por si esto fuese así hay que prevenirse... : *no esperar*. Hay que tomar resoluciones —siquiera sean provisionales— antes de que el tiempo las imponga.

Pero, en tales condiciones, ¿cómo elegir?

¿A cara o cruz?

¡Jamás! Es forzoso *dar la cara*, para no *llevar la cruz* sobre la espalda.

* * *

Cada pueblo cree a su modo en el Poder que lo dirige o que lo rige, y bajo el cual prospera. Razones varias —biológicas y raciales—, se reemplazan con el tiempo y el espacio. De ahí que la futura *G. M. III* podrá llegar a desterrar la idea que domina a un bando o al adversario; y este hecho es necesario, a favor nuestro, para evitar que una segunda germinación de los principios comunistas sea la causa de otra lucha —la *G. M. IV*—, que, a su vez, daría lugar a la desaparición de los actuales o presuntos adversarios.

Y eso tampoco puede echarse a *cara o cruz*.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS

(10) Véase REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, núm. 48 (1949).